

El cachaco y su mujer

Vanessa Salazar

Los rayos del sol se revientan contra el vidrio de los cuadros. No era la primera vez que me encontraba contemplando esas caras que me miraban y me enseñaban la juventud de un cachaco y su mujer: Gustavo y Lolita. Mis abuelos vienen de una generación de bogotanos que demostraban una elegancia y una cultura desarrollada a los principios del siglo XX. Los cachacos eran distinguidos por cómo se vestían y por la manera en la que hablaban un dialecto antiguo: “Quibo, ala” significando “¿Qué hubo? Ven te cuento”. Gustavo, un hombre pintoresco, elegante y serio, acicalaba el muro en una foto en blanco y negro. Al lado, el tabique lucía a la Señora Lolita, delicada, serena y sublime. La habían pintado con una blusa verde que resaltaba con su piel de porcelana y su pelo oscuro.

Lolita casada a los quince, empezó a tener hijos, y crió a ocho muñecos que reflejaban el Turriago (de Gustavo), y el Ortiz (de Lolita). El cachaco adornaba las calles con camisa, chaleco, corbata, vestido de paño, zapatos de charol, con peinilla, afeitado y con su sombrilla colgada en su brazo. Mi abuelo era contador; mantenía todo organizado, tenía sus libros impecables y su calculadora a la mano. Según mi mamá, llegaba de noche con un aroma a sudor y whisky, después de haber salido con amigos para “hablar de la política, ala”.

A Lolita, con ocho hijos terremotos, le tocaba prevenir la derrumba de la casa. Limpiar, cocinar, lavar y cuidar de su esposo fue a lo que se dedicó. Mi abuelita se arreglaba el cabello, las uñas, andaba entaconada con sus amigas y tomaban onces en “Pica Flor.” Un perfume de flores la perseguía mientras se deslizaba por los pisos con una postura irreprochable. Llegando de sus reuniones, Lolita encontraba a la casa patas arriba; instantáneamente se convertía en una fiera y ponía todo y a todos en orden.

¡Qué ojos en esos retratos que me miran y me cuentan su juventud! Los del moreno: oscuros, profundos, llenos de vida y determinación. Los de Lolita: cariñosos, suaves, pero firmes, llenos de amor y de tanto sacrificio.

Paso a la sala para hacer visita. “¡Hola abuelito!” “¿Quibo ala, cómo estás?” me contesta. Sentado en su sillón, jorobadito, con su pañuelo en la mano, sube la cara. De inmediato su rostro cambia; sus facciones se suavizan y sus cachetes se trepan acorruando a las arruguitas alrededor de sus ojos. Estrecha su mano y me invita a que me siente. Lo observo con su pañuelo y vestimento: chaleco, zapatos de charol y su pelo peinado hacia atrás. Su cuerpo tiembla y sus ojos nublados me miran igual que el cuadro. En sus 90 años, encuentro sabiduría, sacrificios, cansancio y amor. “Mi’ja, sácame mi libro de conteo, pásame mi lupa, mis gafas y un lápiz”, me pedía apuntando con su mano frágil hacia donde estaban.

En la cocina oigo la losa estrellándose. “¿Abuelita, qué haces?” “Nada mi’jita, estoy bien”. Sale de la cocina pasándose la mano por su vestuario, sacándole las estrías. Se agarra sus hombros, adolorida, y de inmediato pill a un mueble descuadrado y se pone a trastearlo. Ofreciéndole algo a Gustavito, se devuelve a la cocina a prepararle las onces del día.

¡Qué pintas las de estos dos personajes! Los veo a ellos; miro los cuadros, nada ha cambiado. Mi abuelito sigue vistiéndose igual, peinándose igual, trabajando como si no se hubiera jubilado. Mi abuelita sigue limpiando la casa, lavando losa, ofreciendo onces, aunque ya el cuerpo no se lo permita. Ni el tiempo se tomará cargo de sus identidades, de sus dedicaciones y de sus vidas. Pasarán los años, Gustavo se quedará cachaco, y con Lolita, su mujer, así vivirán en mi corazón.